

## UNA CARTA INEDITA DE SUCRE



Doctor VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

El doctor Roberto Cortázar Toledo, ilustre académico de la Historia, quien desde hace algún tiempo está dedicado a la publicación de "Cartas y Mensajes de Santander", tuvo a bien informarme que en la Biblioteca del Senado de la República encontró una carta seguramente inédita del Gran Mariscal de Ayacucho y que consta en el libro manuscrito: **Excusas de sena-**

**dores** -Archivo del Congreso- Vol: LXVI -Senado- Folio 161. Después de que el noble amigo me entregó una copia en máquina de tal escrito, fui a verificar el hallazgo y me encontré realmente con una carta manuscrita del General Antonio José de Sucre en el libro y páginas citados, y que dice así:

Bogotá, 9 de mayo de 1830

*A los señores secretarios del Congreso:*

*A mi regreso de la comisión a Venezuela, he hallado en esta ciudad, cartas de mi familia por las que me llama urgentemente. Diferentes necesidades domésticas hacen tan necesaria mi presencia en mi casa que cualquier retardo me acarrearía graves perjuicios. Se me había informado que por el día de hoy concluía sus sesiones el Soberano Congreso y en tal concepto apronté todas mis cosas para seguir mañana a Quito; ahora se me dice que quizás prolongará el Congreso sus trabajos y por tanto me hallo en la precisión de solicitar el permiso de realizar mi viaje mañana, pues toda demora me perjudicaría sumamente, mientras que mi permanencia en la capital es de ningún provecho.*

*Sírvanse V. SS. dar cuenta al Congreso de mi solicitud y dignarse darme una breve contestación.*

*Dios guarde a V. S.S.*

*A. J. de Sucre.*

Por demás de conocidos son los antecedentes de esta carta que fue sin duda una de las últimas que escribiera el Mariscal de Ayacucho y que está íntimamente relacionada por fuerza de los hados, con su trágica muerte en la angostura de la Jacoba, a tres kilómetros del llamado entonces pueblo de La Venta y que ahora es una próspera ciudad del departamento de Nariño, con el nombre simbólico de La Unión. Pero como hay muchos puntos algo oscuros que dilucidar y corresponde a los últimos hechos del General Sucre en la Nueva Granada, es indispensable recordarlos y aclararlos si me fuere posible.

El 20 de enero de 1830, se reunió en la capital de la Gran Colombia el congreso que Bolívar llamó "Admirable" en conocida carta a Páez, y cuyo título fue recogido con agrado por el General Posada Gutiérrez y otros escritores, pero que en Venezuela se recibió con espíritu de ironía. Fue elegido presidente Sucre y vicepresidente el Obispo de Santa Marta, José M. Estévez. Solíase escoger como secretario a alguno de los señores miem-

---

**DOCTOR  
VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO**

Doctorado en Derecho por la Universidad Nacional. Cofundador de la Gran Normal de Occidente y del Instituto Colombiano de Estudios Históricos.

Pertenece a las Academias de Historia de Pasto, Cali y Medellín. A la de Filosofía y letras de Bogotá, a la de Folclor de la misma, y a varias Academias de Folclor de América.

Fue Director de Extensión Cultural y Director de Educación del Departamento de Nariño. Autor de varias obras de Historia, como "Los Comuneros del Sur", "La Conquista de Quillacinga", "Historia de Villa de Leiva", "Historia de Florida", (V.), y un volumen de documentos inéditos de Próceres, encontrados y comentados extensamente, como el presente de "Una carta inédita de Sucre".

bros del congreso, pero en esta vez, fue elegido el señor Simón Burgos que no era diputado. El general pronunció el discurso reglamentario, en donde hizo un alto elogio del Libertador y presentó un cuadro sombrío de la situación que en todo caso debería remediarla esa alta corporación convocada por el genio de Bolívar. Este en su contestación, habló de que confiaba la república en la dirección de ese Congreso supremo que debería entre otras cosas, dar la constitución de la patria, que en mala hora estaba desmembrándose por culpa de las ambiciones personales de sujetos que, habiendo nacido en Venezuela estaban colocados como activas fichas en los mejores puntos estratégicos, como Páez en Venezuela, Urdaneta en la Nueva Granada y el General Juan José Flórez en el Ecuador. Bolívar, en esta hora suprema, habló con elocuencia y sinceridad, de la libertad, y de sus beneficios, "siempre que se la controlara con la fuerza del gobierno". El historiador José Manuel Restrepo comentando lo anterior agrega esta otra frase de Bolívar.... "que por tanto, se retiraba con mayor confianza, presididos como estaban los representantes del pueblo por el más digno general de Colombia". Esta expresión verdadera ofendió a otro general que allí estaba, el que pretendía acaso, rivalizar a Sucre, según lo manifestaron todos sus actos posteriores. El historiador citado dice en nota de la misma página: "En el discurso del Libertador, publicado en la "Gaceta de Colombia" se corrigió la expresión y se puso: "por uno de los más dignos generales de Colombia. Pero ya ese imprudente aunque verdadero elogio había producido sus efectos de enajenar el ánimo del General en Jefe Rafael Urdaneta".

En otra ocasión podríamos ahondar más este punto para ver las consecuencias que alcanzaron a ser trascendentales para la vida de la república. Cuando la comisión que acompañó a Bolívar a su mansión regresó, se leyó en el congreso el mensaje del Libertador que es una pieza de profunda significación política y psicológica, pues allí se analiza extensamente la situación anterior del país, la hora presente, los actos subversivos de Valencia y de Caracas, la Convención de Ocaña con todos sus milagros y secretos, la noche septembrina, el doble juego del Perú con sus autoridades bajo la dirección de Lamar y que culminó en la derrota del Portete de Tarqui en 1829; la guerra civil de Córdoba con su trágico fin. Las frases de renuncia y los argumentos que expone son de una lógica profunda y de admirable sinceridad política que contrastan con las calumnias de sus enemigos que venían, los principales, de su propia patria de origen. "El congreso debe persuadirse de que su honor le prohíbe pensar en mí para este nombramiento (la reelección presidencial)... Todos mis conciudadanos gozan de la fortuna inestimable de parecer inocentes a los ojos de la sospecha. Solo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía..." Y por último, el mismo día circuló una proclama impresa en hoja volante en donde abundan los mismos pensamientos.

El congreso admirable manifestó que estaba cada vez más dispuesto a sostener la unión de los departamentos que formaban la república creada por Bolívar y decidió no aceptar la renuncia de Bolívar, ya que era necesario esperar a que se promulgara la nueva constitución que estaba próxima a concluirse y a promulgarse. "Continuad -señor, le decía- preser-

vando a Colombia de los horrores de la anarquía... y vuestro nombre ya inmortal, aparecerá más resplandeciente aún y más puro en las páginas de la historia cuando el buril de ésta haya grabado en ellas que "todo lo pospusisteis, todo lo sacrificásteis a la felicidad de vuestra patria".

Mientras tanto en Venezuela proseguía la campaña implacable de la desmembración de ese territorio para convertirse en república independiente; y para conjurar el mal, el mismo Libertador quiso ir a entrevistar al jefe de ese gobierno, el General Páez, con quien había tratado años antes más o menos el mismo asunto, en donde francamente Bolívar estuvo muy contemporizador con dicho militar, el "León de Apure"; por lo cual sus partidarios, valiéndose del fácil calemhour le decía que "apure, apure a la separación del gobierno de Bogotá", como llamaban despectivamente a la república creada por Bolívar.

Por todas estas circunstancias y otras que al parecer presentáronse como de poca importancia, el congreso resolvió enviar una comisión a Venezuela "para que hiciera conocer las verdaderas intenciones de la representación nacional y las esperanzas que ofrecían en escrupulosa consideración a la situación presente de la república y su ardiente anhelo por dejar satisfechos los votos nacionales". Esa comisión debería, para completar su mandato, llevarles las bases de la constitución que se estaba discutiendo, para evitar que se entendieran mal, los trabajos de esa alta corporación. (Los personajes escogidos para tan delicada tarea fueron el presidente y vicepresidente del congreso, es decir el General Sucre y el obispo Estévez, a quienes se agregó el prestigioso nombre de don Juan García del Río, di-

putado por Cartagena. El pliego de instrucciones fue completo y de altura diplomática como convenía a las circunstancias, pero Sucre comprendió con elevada visión de estadista que no irían a obtener ningún triunfo posible puesto que la separación era un hecho cumplido, y por ello dijo: "Atendidas las bases que se me prescriben para la negociación y el estado de los negocios en Venezuela, no espero resultado alguno favorable".

Es claro que el congreso por este parecer no podía eximirlo de esa misión y por ello recayó la elección de dignatarios en reemplazo de estos, en los señores Vicente Borrero del Cauca y don Modesto Larrea, diputado por Pichincha. A la sazón, Bolívar había insistido antes en su renuncia y el congreso contestóle para eludir el tener que aceptarla, que de acuerdo con las leyes, no le tocaba a él nombrar a quien debería presidir el Consejo de Ministros, que en caso de ausencia o falta del titular, ocuparía por derecho propio la primera magistratura. Como esa alta corporación estaba en lo cierto en este punto, Bolívar anhelante por dejar la presidencia y de acuerdo con la ley, nombró como presidente del consejo al general Domingo Caicedo, para encargarlo enseguida del gobierno, mientras que aquel se retiró a la quinta de Fucha con el fin de descansar de las arduas tareas que había tenido que afrontar.

La famosa comisión de paz, que de acuerdo con su presidente, estaba destinada al fracaso estruendoso, llegó a la ciudad de Cúcuta, para pretender seguir luego a Mérida, pero al llegar al pueblo venezolano de Taribá a ocho leguas de la frontera, se presentó el delegado del gobernador de Mérida, un señor Piñango, quien les manifestó que por orden de Páez les impedía

proseguir su camino, sea cual fuese el rango que los comisionados tuviesen. A pesar de esta prohibición los delegados siguieron hacia el interior, después de expresar sus airadas protestas, pero el 20 de marzo al llegar a La Grita, recibieron orden terminante de no proseguir adelante bajo severas sanciones, por lo cual se vieron obligados a regresar a Cúcuta, pero conocieron antes que el General Páez había nombrado sus delegados para que se entrevistaran en la frontera y recibieran por consiguiente los pliegos, observaciones y demás documentos del congreso de Bogotá. Los comisionados por Venezuela fueron los señores Martín Tovar Ponte, y Andrés Navarrete y el general Santiago Mariño.

Era natural para el general Páez, jefe supremo del gobierno, que no se les permitiese a los delegados del congreso entrar a territorio venezolano, porque sabían perfectamente que podrían desbaratar la serie de calumnias que ellos mismos habían propalado contra el gobierno central y contra Bolívar a quien se odiaba de todo corazón, pues se le calumniaba de monárquico, de inquisidor, de traidor a la patria y cuantos improperios más de esta laya. Fácil habría sido para los delegados colombianos echar por tierra esas diatribas y volver la pelota, pues quien realmente había pensado en la corona de Bolívar era Páez en documentos memorables, que ha conservado la historia. Por otra parte, los delegados de éste habían recibido desde el 2 de marzo órdenes y lecciones terminantes sobre lo que deberían hacer y las respuestas que habrían de dar a Sucre y al obispo Estévez, ya que aquellos tenían que sostener de todas maneras la nueva organización venezolana. Este documento es odioso en grado extremo y demuestra la mala

fe con que se procedía, pues apenas es creíble que en él se estamparan conceptos como éstos: "Que quienes pretendieron oponerse a los designios venezolanos eran traidores y enemigos jurados, que para triunfar en sus designios deberían primero pasar por encima de sus cadáveres; que "después de resignar el mando, Bolívar marcharía con un ejército a desgarrar las entrañas de su madre y a saciar sus venganzas pretextando obedecer la voluntad nacional". Aserciones tan falsas como aventuras, hijas de Páez y sus consejeros, tenían por objeto entusiasmar a los pueblos con tales patrañas y excitar su odio contra el Libertador y contra los que sostenían la unión colombiana.

El 18 de abril se reunieron las dos comisiones en la Villa del Rosario. Nuestros representantes estuvieron a la altura de su deber y discurrieron con propiedad y lógica para sostener sus puntos de vista, mientras que los de Venezuela tuvieron que acudir a la mentira. Una de las frases que indeleblemente quedaron estampadas fueron las de que "los males que sobrevinieran solamente serían imputables a los que insistieran en despedazar a Colombia". Pero los delegados de Venezuela contestaron que "no había más camino que reconocer el gobierno actual de Venezuela y la capacidad en que se halla ese Estado para darse la organización política que estimase conveniente". ¿Cómo era posible -agregan ellos- que se pretendiera construir sobre las ruinas de la república una miserable y nefanda monarquía? Claro que esos argumentos los decían para llenar su cometido, puesto que sabían hasta la saciedad que no era verdad.

En las varias sesiones que tuvieron

los delegados, como era de suponerse, no se pudieron poner de acuerdo, ya que las órdenes pertinentes de Páez eran tan distintas en contra de Colombia, pues a duras penas llegaron a proponer que los departamentos se constituyeran en repúblicas independientes y que luego verían la forma de gobierno que pudiera unirlos, dando a entender que podían transigir por la forma federal, pero sin compromiso alguno de parte de los venezolanos. El señor Restrepo citado dice al respecto: "El General Sucre hizo también la proposición de que para asegurar la libertad de los pueblos oprimidos por los militares se acordase que en los cuatro años siguientes, no pudieran ser presidentes ni vicepresidentes de Colombia, ni de los tres estados, en caso de adoptarse la federación, ninguno de los generales en jefe, ni de los otros generales que habían obtenido los altos empleos de la república desde 1829 a 1830". Pero Santiago Mariño que sí aspiraba de veras a la presidencia de Venezuela para suceder a Páez, no podía conformarse con ese noble gesto del Gran Mariscal y tuvo frases fuertes contra él oponiéndose con todo su ardor de combatiente algo frustrado.

En estas condiciones la comisión ya no tenía objeto y tuvo que disolverse, pero se supo antes con todos los detalles, la manera innoble como pretendían los gobiernistas venezolanos, soliviantar a los habitantes de Cúcuta y regiones aledañas para que se separaran de Colombia, adhiriendo a Venezuela, y como dicen los historiadores, que hemos comentado, no faltaron algunos que sí aceptaron la dolorosa y cruel recomendación y trabajaron en este sentido en contra de la patria común.

Mientras tanto, Bolívar que estaba

en la quinta de Fucha, al saber la defección del coronel Vargas con el batallón Boyacá, no tuvo más remedio que reunir un gran Consejo de ministros a fin de abocar la dificultad y poner los remedios inmediatos para que el mal no cundiese con las consecuencias previsibles. Este capítulo de la historia colombiana está íntimamente relacionado con la ruptura de amistad de Bolívar, Urdaneta y Castillo Rada, ya que muchos querían que volviese el Libertador a la presidencia, lo que hasta cierto punto aceptó éste, con la condición de que continuase en el poder el general Caicedo y en cambio Bolívar asumiese la dirección suprema de los ejércitos de Colombia. Urdaneta se opuso sin eufemismos a esta solución y lo mismo hizo Castillo, quien no concurrió a la junta, pero le escribió que no era partidario de la reelección y añadió además que los pueblos del centro de Colombia veían con agrado la separación de Venezuela, ya que esta unión no era popular. El historiador Restrepo dice al respecto: "Nos parece con bastante fundamento haber creído entonces el Libertador que Urdaneta y Castillo se habían aunado para excluirle del mando supremo y que ellos fueran nombrados presidente y vicepresidente de Colombia. Por tal motivo, Bolívar desde aquel día rompió con Castillo y Urdaneta. Este se le había puesto desde antes en oposición a causa de los celos que concibió por los elogios y preferencia que el Libertador daba a Sucre, contra quien manifestaba Urdaneta una rivalidad decidida".

No debe olvidarse también que en las postrimerías de la Constituyente, cuando se trataba de elegir el primer magistrado, se dividieron los diputados en bandos excesivamente hostiles y los enemigos de los bolivarianos llegaron

a amenazar de muerte a éstos, de una manera especial a Defrancisco Martín y a García del Río.

El general Posada en el Capítulo 27. tiene unos datos de extraordinario interés sobre estos acontecimientos que se relacionan con la vida de Sucre y que es indispensable comentar psicológicamente. Este historiador cuenta que todo mundo estaba preocupado por aquella entrevista y que al terminarse, fue a casa de Castillo Rada para informarse de los resultados. Confieso que también él terció entre los partidarios de la no reelección. Las palabras de Castillo fueron las siguientes: "Coronel Posada, no hay que alucinarnos. El puñal del 25 de septiembre puede afilarse otra vez y es menester salvar a nuestra patria de la responsabilidad de un gran crimen. **Yo temo hasta por el general Sucre** (Lo subrayado es nuestro). El Libertador conocerá pronto, si no ha caído ya en cuenta, que nosotros, alejándolo, somos sus verdaderos amigos. Por otra parte, la conservación de Colombia es una causa perdida y nosotros somos granadinos".

Con motivo de la asonada del 7 de mayo o sea el motín del Batallón Granaderos junto con el escuadrón "Húsares del Apure", se desató contra Bolívar una de las más grandes tempestades políticas de odios y bajezas sin cuento y hasta se llegó a decir que era patrocinado por el mismo Libertador con fines demasiado conocidos. En el Nº 4 del periódico "La Aurora", citado por Posada da cuenta de los hechos que los atribuye al Libertador, con lo cual se acabarán de convencer los ilusos "de los nefandos crímenes del General Bolívar. Este hombre, separado del gobierno por el voto unánime de toda la república, no pudo ver con impavidez que se arrancase de sus

manos el cetro de hierro con que pretendía convertirnos en miserables esclavos y con que nos había destituido hasta el derecho de pensar. Apenas nombra el congreso los altos funcionarios de la república y le manifiesta que han cesado esas facultades escandalosas que él mismo se había usurpado, cuando trama la más negra traición contra el gobierno establecido legalmente". No contento con estas diatribas, el articulista desahogado en sus odios, dice en uno de sus últimos apartes: "Bolívar es ya un traidor declarado, un faccioso, un enemigo del gobierno".

El periódico "El Demócrata" de ese mismo tiempo, es más cobarde y traicionero aún que el otro citado, pues no se atreve a calumniar alevosamente sino que acude al miserable "Se dice".

Bolívar salió de Bogotá, para nunca más volver, llamado por la muerte, el 8 de junio. Siguió por Honda en donde lo recibió y preparó el viaje en champán el general Posada Gutiérrez y llegó después de penosa navegación a Turbaco, mientras que sus detractores decían que estaba en Ocaña preparando la guarnición allí existente para levantarse en armas contra el gobierno legítimo, y luego ir a Venezuela a "degollar liberales allá y volver a degollarlos acá". Con fecha primero de junio escribía el Libertador una carta premonitoria al general Caicedo, que estaba en ejercicio del poder por ausencia de Mosquera, y en ella le reclama el pasaporte que obligatoriamente tenía que habérselo dado para poder salir del país, de acuerdo con el artículo pertinente de la Constitución. Alude el periódico "La Aurora" y se duele amargamente de los insultos groseros y las calumnias que le endilgaba. Cuenta que ha escrito

al general Flórez a Quito, encareciéndole trabajar por la unión de esos departamentos a Colombia, como si ignorase lo que este general estaba tramando desde hacía mucho tiempo para asestar el golpe mortal a la patria, siguiendo las huellas de su paisano José Antonio Páez. Hay una frase que es indispensable anotar porque la considero ciertamente profética con respecto a la gravedad de la situación y al peligro de algún crimen que el Libertador preveía con certeza: "No será extraño que sucedan mil diabluras". Y ciertamente que se estaban tramando en el país y fuera de él "mil diabluras" y crímenes inconfesables. Esos crímenes y diabluras se presentían; y como lo veremos luego, hasta se habían escrito previamente, para anunciar la muerte del gran Mariscal de Ayacucho. Pero el general Caicedo, hombre bueno, casi bonachón, no era el hombre apropiado para regir los destinos del país, por lo débil y "contemporizador" como se dice también de don Joaquín Mosquera, ¡Qué se iba a preocupar por expedir un pasaporte! Así también se comprendía su carácter y sus condiciones, por la forma cómo escogió su primer gabinete ministerial, compuesto de los principales enemigos de Bolívar. El día 29 de abril terminóse la discusión de la Carta Fundamental dada para una república que prácticamente ya no existía, a causa de la revuelta de Páez, quien ya había declarado la independencia de Venezuela como lo hemos visto. Cuatro días más tarde se firmaba con la solemnidad del caso, pero entonces vienen enseguida los ataques contra ella, en forma despiadada, ya que la consideraban como antiliberal y semimonárquica. Hay que citar el manifiesto de los prohombres de Cúcuta que explicaban el motivo

de su pronunciamiento y hasta llegaron a crear un gobierno provisional y llamaron en su defensa al general venezolano Mariño para que fuera a esa ciudad con tropas de ese país. En uno de los partes decían.... "Instruido ya vuestra excelencia de los hechos, ha llegado el caso de que hablemos de nuestras opiniones en política para que puedan conocerse nuestros justos deseos. Triste pero necesario es asegurar que el Congreso de 1830 tiene contra sí los cargos de la nulidad más fuerte que se pueden imaginar

"Otros lo atacan porque fue ilegalmente convocado y por lo tanto, sus actuaciones eran nulas. Y luego continúa: "Del ligero bosquejo de las nulidades del congreso de 1830 que acabamos de hacer, nos parece ilícito deducir que la constitución que ha salido de sus manos nunca será aceptada por estos pueblos, y nos atrevemos a decir que tampoco lo será por otros muchos del departamento"....

Con respecto a Sucre, es sabido que de ninguna manera querían que él ocupase la primera magistratura, y en la sombra se estaban haciendo germinar esos odios hasta llegar al crimen más horrendo. Otros no transigían con que el Libertador hubiese dicho de él que era el más digno general de Colombia. Urdaneta no toleraba ese elogio, y Caicedo, Castillo y tantos otros, tenían necesidad de extinguir la posibilidad de esta elección con argumentos especiosos, como los de la edad, no recordando los enemigos que él mismo había puesto condiciones más severas sobre determinados generales que hubiesen ocupado altos cargos en los dos años anteriores a esa fecha, con lo cual, él mismo se sacrificaba, aunque realmente no se aceptó la propuesta porque Mariño era uno de los candidatos probables por Ve-

nezuela. Sucre presidente de Colombia? ¡Qué acierto hubiera sido y qué lección para sus detractores y enemigos de menor cuantía. Pero el fátum estaba señalado y era un imposible físico salir de sus garras. Ya tenía Sucre una cruel experiencia en su paso por el gobierno de Bolivia. No solo el atentado contra su vida, del cual salió herido en un brazo, sino la enorme serie de dificultades que le presentaron al ilustre y noble militar para que su permanencia en el poder fuera casi nulatorio. Quería ante todo cumplir una misión reservada en el gobierno de Quito, en donde Flórez lo esperaba... con Isidoro Barriga y "Compañía Ltda".

Pero antes de entrar a la parte trágica de este comentario, creo indispensable decir unas pocas palabras sobre los resultados inmediatos de la constituyente colombiana. Esta nombró al diputado Juan de Dios Aranzazu y al señor Francisco Soto quien estaba en Cúcuta, para que se trasladaran a Caracas con el fin de presentar al nuevo gobierno la Constitución ya sancionada. Como Soto había sido o era aún el Jefe de la revuelta cucuteña que desconocía la misma constitución colombiana, no quiso aceptar y en tales circunstancias, Aranzazu marchó solo a su destino, en donde se le recibió con las consideraciones debidas a un "diplomático", es decir a un representante de un gobierno extranjero. El congreso de Caracas estaba reunido, y allí presentó nuestro comisionado para cumplir su misión, a lo cual se le respondió con este definitivo comentario: "Venezuela no acepta la nueva constitución colombiana".

Con esto dióse por terminado el cometido de nuestros representantes y tuvo que volver aceleradamente a Bogotá a dar cuenta de los tristes resul-

tados. Pero si eso pasaba en Venezuela, igual cosa sucedía en los departamentos del sur de la patria, es decir, en los de Ecuador, Azuay y Guayaquil. El general Flórez pedía en todos los tonos que ellos se declarasen también independientes, siguiendo el ejemplo de Caracas pues dizque contaban con el sentimiento popular, pero más que todo, se colige fácilmente, por su voluntad soberana, pues él quería ser el presidente de la nueva república para lo cual nadie pudiera ponerle trabas sino fuese un general que había independizado esa región del poder español en 1822 y en 1829, triunfara definitivamente de las armas peruanas, en el Portete de Tarqui. Más claro, ni el agua clara, para ello, Flórez, valiéndose de monjes y sacerdotes ecuatorianos y de algunos descastados capitanes del centro de la república, con el miramiento de algún día ensanchar la república del Ecuador, pretendía con toda la habilidad de su conciencia, hacer que los pueblos del sur de la antigua gobernación de Popayán, se unieran al departamento del Ecuador, no a la república todavía, con el fin de que, al darse la constitución de Riobamba, convocada por decreto de 31 de mayo, su fundo quedase en esta forma ampliado con tan ricos y valientes territorios. El juego estaba bien urdido, pero los ilustres pueblos de ese territorio, especialmente la noble ciudad de Túquerres se opuso a ello y con habilidad generosa pudo dominar la situación y evitar en esta forma la desmembración traicionera de la patria común, a pesar de que Flórez quiso invadir esas regiones, para colmar su proditoria intención.

Con estos antecedentes explicados, vamos a tratar ahora la parte final y definitiva del comentario principal. El general Sucre llegó a Bogotá el 5 de

mayo, cuando el congreso constituyente tocaba a su fin. Pocos días faltaban para clausurarse y en estas circunstancias, presentóse ante Bolívar y ante el presidente de la república, General Caicedo, para darles cuenta de su fracasada misión. Duro fue aquel golpe, que era demasiado conocido de todos y por otra parte, muchos granadinos tenían las mismas intenciones, como lo hemos visto. La nueva misión de Sucre ante el gobierno de Quito era de hacer lo posible para evitar el nuevo golpe de imitación de Venezuela, pero todo era inútil porque también iba a encontrarse con un hecho cumplido, si es que la suerte le deparara la oportunidad de llegar a cumplir las impartidas órdenes. Posada Gutiérrez, dice al respecto: "La última entrevista de Sucre con el Libertador fue tierna y congojosa, estrechamente abrazados, derramaron lágrimas sobre el corazón del uno y del otro. Ambos veían que sus sacrificios eran perdidos". Antes de emprender su viaje, tuvo Sucre varias conferencias con el vicepresidente Caicedo, quien deseaba que el general Sucre influyese para mantener la unión de los departamentos del sur con los del centro, en una república centro federal, es decir quería que se conservase la unión de la Nueva Granada. Sucre temía que antes de su llegada a Quito hubieran ocurrido algunos trastornos por allá, en cuyo caso serían infructuosos sus esfuerzos. "De todos modos, yo tengo confianza en que usted, llegando a Quito, en tiempo, podrá hacer mucho en este sentido", le dijo el señor Caicedo, **pero haga usted su viaje por el Valle del Cauca al Puerto de Buenaventura, mejor que por Neiva y Popayán** (Lo subrayado es nuestro).

El general manifestó que para llenar su cometido era mejor hacer el viaje

por tierras del sur, ya que no tenía la seguridad de encontrar a tiempo un buque en Buenaventura que lo llevase a Guayaquil, y por otra parte, quería llegar a tiempo para estar el día de su santo, el 13 de junio (San Antonio) en su hogar, para disfrutar de sus dulzuras, al lado de su esposa la linda marquesa de Solanda y las caricias de su tierna hija! sin saber que la niña había caído de las barandas de un balcón, a las piedras sillares del andén, mientras estaba junto con el amigo de su madre, el conocido Barriga! Que los pueblos granadinos le odiasen por todo cuanto hizo él en la toma de la ciudad de Pasto en 1822, después de sus anteriores derrotas de Taindala? No había porque temer, pues él ya había atravesado esa comarca noble, y fue atendido como uno de los más gloriosos héroes de Colombia.

Hemos dicho que la misión de Sucre a Quito iba a ser un fracaso más definitivo que el de Venezuela. Por correo del Ecuador y aún por cartas de Flórez se sabía positivamente que allá se estaba fraguando la separación de este territorio, como ya lo había hecho Venezuela, mas como aún conservaba un resto de fingida dignidad, él pretextó la necesidad de retirarse a Pomasqui para recuperar su salud, mientras había dejado las órdenes del pronunciamiento. Las razones que más tarde dió, después de haber ocupado nuevamente el poder, fueron excesivamente baladíes, pues la mayor fue la de que el Libertador había dejado el mando. El doctor Rafael Niño, como Procurador General, era el encargado del asalto, para que apareciera inocente el jefe, quien pretendía ignorarlo todo y apenas aceptar los hechos como una cosa cumplida. El Señor José Manuel Groot dice al respecto: "El gobierno (de Colombia) había emplea-

do todos los medios que parecían necesarios para persuadir al general Flórez la conveniencia de la unión de Colombia por parte del Ecuador, pero nada se había conseguido. Solo se tenían esperanzas de que apenas llegado a Quito el general Sucre restablecería las cosas a buen estado porque el vicepresidente Caicedo se había puesto de acuerdo con el Gran Mariscal sobre la conveniencia de la unión antes de que partiera para Quito, lo que verificó apenas cerró sus sesiones el congreso, porque anhelaba retirarse a la vida privada con su esposa e hija". En el párrafo siguiente añade: "Sucre era sin duda, el segundo hombre de Colombia, después de Bolívar, como militar, como político y de alta inteligencia. Debía, pues, tener envidiosos que quisiesen hacerlo desaparecer del teatro en que ellos quisieran hacer los primeros papeles. Conociendo esto, los amigos del Gran Mariscal, temieron por su vida en el viaje y le aconsejaron en Bogotá que se fuera por el Cauca y Buenaventura".

El primer pronunciamiento se hizo por parte de Niño, el 13 de mayo más o menos cuando Sucre estaba en los primeros días de su viaje al Ecuador; y el 31 de ese mes, Flórez, libre ya de preocupación expidió el decreto de convocatoria de un congreso constituyente para legislar sobre la nueva república con los tres departamentos conocidos, de Azuay, Guayaquil y Quito. Era traicionado por la subconciencia, cuando decía a sus conciudadanos: "Yo espero libertarme de dos monstruos que devoran a los gobernantes: la ambición y la tiranía. Mi regla será seguir la marcha de nuestros pensamientos y ejecutar la ley como la expresión de vuestra voluntad". En la "Gaceta de Colombia" publicáronse verdaderos estudios sobre la conveniencia de la

unión con el Ecuador y se desbarataban como castillos de naipes las argucias del exprefecto general; pero realmente Colombia ya nada podía hacer. Una guerra habría sido impropcedente y no tenía partidarios. Los hombres políticos de la época aceptaban con alegría o con tristeza la separación de ambas partes de los extremos colombianos. Los del sur, o sea los que ahora forman el Ecuador, nunca se llamaron colombianos. Aquel que deseaba libertarse de los monstruos de que hemos hablado: la ambición y la tiranía, había caído ya en sus garras y en sus fauces. Era su pobre víctima. El señor Restrepo dice: "Se aguardaba el resultado de un elemento de unión que entonces parecía que iba a influir poderosamente en favor del restablecimiento y conservación de la integridad de la Nueva Granada". Y sin embargo ese hombre aludido, es decir, Sucre, era el menos aconsejado para tan ardua empresa, precisamente por su propia magnitud. Era una estrella que brillaba demasiado claro para que no se le pudiera contemplar de todos los ángulos de la política y de la intriga. Era sin saberlo, la víctima propiciatoria que debería sacrificarse en aras de un ideal demasiado hermoso y que concretaba el pensamiento de Bolívar. Tanto éste como el General Caicedo pensaron en él como en una tabla de salvación en el proceloso mar de la descomposición moral; pero su sino estaba ya marcado y la ambición del que pretendía gobernar sin que otro le hiciese sombra, estaba preparando la emboscada, para lo cual se valió de cómplices aviesos que también preparaban el crimen desde las sospechosas columnas de dos periódicos capitalinos.

Es fácil reconstruir las escenas de Sucre con Bolívar y luego con el señor Caicedo, vicepresidente de la re-

pública en ejercicio del poder. Ciertamente, el prestigio del gran mariscal era extraordinario y por ser personaje tan de relieve y ser adorado en Quito, ya que él fue el héroe máximo del Pichincha y el Portete de Tarqui, por vivir allí su esposa con su hija, por otros vínculos de amistad en ese noble pueblo, ninguno como él, según las apariencias de la historia, para cumplir la noble misión patriótica. Lágrimas y frases de cariño al despedirse de Bolívar, promesas sinceras de trabajar de acuerdo con el pensamiento de Caicedo, todo era señal segura de triunfo, sin que hubiese lógica en los acontecimientos de la historia, cuyos hechos se suceden a veces contrariando todos los postulados de la filosofía.

Sucre era odiado por muchos, es decir por los enemigos de Bolívar ya que veían en él, un continuador de su obra. Nada le faltaba para merecer la más pura gloria: figura, familia, heroísmo, inteligencia, el amor del ejército, su extraordinaria capacidad de trabajo, la austeridad de sus costumbres, una hermosa mujer, una hija querida... Y sin embargo, detrás de la catedral, algunos periodistas estaban preparando los tinglados de la tragedia.

En "El Demócrata" de primero de junio, se lee un artículo intitulado **Sedición criminal**, cuya síntesis es la siguiente: "Que Sucre acababa de salir de Cundinamarca hacia Quito, con el fin de disolver el gobierno y ver la manera de anexar los departamentos del sur al Perú, que era conocida su ambición como lo demostró en el gobierno de Bolivia, que era de doble política traicionera, que el liberalismo era lo más ridículo que había conocido, que el presidente de la república apenas tenía talento y capacidad para oír demandas verbales, que los pueblos del norte tenían motivo para ar-

marse y hacer la guerra a sus hermanos del sur oprimidos por el general Flórez que él sabía que éste marchaba sobre la provincia de Pasto para atacarla. "Pero el valeroso general José María Obando, amigo y sostenedor firme del gobierno y de la libertad, corría igualmente al encuentro de aquel caudillo en auxilio de los invencibles pastusos. **Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar.**

Ante el asesinato de Sucre en la Jacoba de la Venta, y no en Berruecos, qué podría decir el desgraciado autor de este panfleto tan comprometedor? Que eran puras coincidencias, y nada más. Y todo quedó tranquilo, como después de un terremoto yacen las ruinas polvorientas del desastre tectónico.

La sospecha de la tragedia era cosa conocida en todo Bogotá y otras ciudades granadinas. Nadie dudaba de lo que podría suceder. Era algo así como un doloroso presentimiento, una premonición por demás sabida por ser de las sospechas claras. La víctima estaba señalada, pero él no quería comprender y sin embargo, en la carta que comentamos está toda la entereza de un hombre puro y noble. La solicitud al congreso, por boca de su presidente doctor Vicente Borrero, para que se le diera permiso de trasladarse cuanto antes a Quito, antes de terminar las sesiones; apenas invocaba el amor de la familia, de su esposa y de su hija cuya muerte no sabía. Después viene la tragedia de que son au-

tores materiales Sarria, Morillo Erasó ante el dolor y el pánico del diputado por Cuenca señor García Trélez y los asistentes o criados Francisco Colmenares y Florencio Caicedo. El fatal 4 de junio de 1831 salieron los viajeros por la mañana del pueblo de la Venta (hoy ciudad de La Unión), y a un poco más de media hora de camino hacia el sur, al pie del cerro de la Jacoba en estrecho sendero bordeado de matorrales, los miserables dispararon sus armas contra el Gran Mariscal. ¡"Ay, balazo"! alcanzó a exclamar el héroe legendario de América y cayó mortalmente herido.

Los restos de la ilustre víctima fueron llevados meses más tarde a la capilla de la iglesia del Deán, hacienda de la marquesa de Solanda en Quito; de allí pasaron sigilosamente al Carmen Bajo, en donde estaba sepultado el cadáver de Teresita, su única hija; en 1900, después de completísimo estudio investigativo para probar que los huesos encontrados si eran de Sucre fueron trasladados solemnemente el 25 de agosto de 1932 a una cripta severa en la iglesia mayor de San Francisco de Quito, en donde se lee esta inscripción latina:

INCLITI DUCIS  
ANTONII JOSEPHI SUCRE  
OSSA SUA SANCTAE CRUCIS VEXILLO  
IN FUTURAE RESURECTIO IS SPE  
HAIC EN CINERARIO CONDITA  
QUIESCUNT (1)

(1) Capítulo de la obra: Documentos inéditos encontrados y comentados ampliamente por V. S. M.